

la historia, es la parte heroica que tomaba en el servicio de los pobres. Se repitieron las maravillas de Bourbilly y Monthelón, y el corazón de la Santa, tan lleno de caridad, pareció agrandarse más después de haberle consagrado enteramente á Dios. Todos los testigos dicen unánimemente y declaran « que la venerable sierva de Dios tomaba para sí el cuidado de los enfermos más repugnantes, y cuya vista y presencia era más insoponible; que los limpiaba por sí misma, llevaba su ropa y sus andrajos medio podridos para lavarlos, cortando por su mano los cabellos de cabezas casi corruptas por la porquería y miseria de que estaban llenas, sin olvidar entre estos cuidados la salvación de aquellos pobres miserables, disponiéndolos con piadosas conversaciones á recibir con fruto los Santos Sacramentos de la Iglesia (1). »

Y entrando en detalles, cada testigo declara para apoyo de su aserto hechos particulares.

La Madre María Amada de Sonnaz dijo « que la venerable sierva de Dios desplegó, sobre todo, una extraordinaria caridad con una pobre mujer que estaba paralítica de todo su cuerpo y atacada de disentería, á quien iba á visitar y limpiar todos los días, mandando á su compañera se desviase para que el olor no la incomodase, añadiendo que ella estaba acostumbrada y no la hacía daño. Que tuvo la misma caridad con otra infeliz, tan cubierta de úlceras malignas y de miseria, que daba horror, y como al mismo tiempo estaba con un violento catarro, no tenía fuerzas en el estado de debilidad en que se encontraba para echar las flemas, y la sierva de Dios se las sacaba de la boca con un pañuelo blanco con ingeniosa y caritativa habilidad; todas las mañanas la peinaba, como lo hacía con las demás

(1) *Proceso de canonización.* (Véanse las declaraciones de todos los testigos, *sup.*, art. 32.)

pobres, para quitarle la miseria que la roía, y no contenta con el socorro y los remedios que la daba para el cuerpo, trabajaba con mucho celo para la salvación de su alma, inspirándola sentimientos de penitencia tan sinceros, que el público se llenó de tanta edificación como de admiración y alegría; que hacía lo mismo con los demás pobres, disponiendo que sus Hermanas se portasen igualmente con todos los infelices enfermos, cuidando de disponerlos en tiempo oportuno para que recibiesen con fruto los Santos Sacramentos de la Iglesia; lavándolos y amortajándolos con sus propias manos, no manifestando nunca más contento que cuando tenía que cuidar enfermos hediondos, infectos y cubiertos de llagas, diciendo que le parecía enjugar y secar las llagas de Nuestro Señor en su Pasión. » Lo que la deponente dice haber sabido de la Madre María Adriana Fichet, que había acompañado á la venerable en estas ocasiones (1). »

A estos detalles que estremecen, la Madre María Adriana Fichet añade otros aún más heroicos. « Nuestra bienaventurada Madre — dice — tenía tan grande y natural aversión á matar los animalillos asquerosos que la porquería y la pobreza engendran en la cabeza, que los leprosos y cancerosos le parecían nada en comparación de esto, y prefería curar muchos de estos pobres infelices á matar uno solo de dichos animalillos; sin embargo, la Hermana tornera vino un día á decirle que una pobre mujer estaba tendida en medio del camino, toda cubierta de lacería. Nuestra Santa la hizo venir y desnudarse en el jardín, y después se encerró con la Hermana tornera, y estuvo dos horas largas limpiando su ropa, y matando los animalillos de que estaba llena, procurando que las Hermanas lo ignorasen de todo punto » (2).

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz.
(2) Lo que pasó en la casita de la Galería, etc., etc.

«En una palabra, desplegabá tanto valor y heroísmo—continúa la Madre María Amada de Sonnaz,—y manifestaba tan poca repugnancia en mediodé la basura de los miserables, que una de sus religiosas la preguntó un día cómo podía su naturaleza resistir tantos objetos de asco sin revolverse; á lo que respondió, que nunca se le había ocurrido que servía á una criatura, sino que limpiaba las llagas á Jesucristo en la persona de los pobres» (1).

Y en efecto, esto es lo que sostenía á la Madre de Chantal, y lo que al mismo tiempo la recompensaba. De estas llagas, que á sus ojos eran las mismas de Jesucristo, salían perfumes y rayos que atraían su alma y la iluminaban. Un día en particular, mientras que cuidaba en un establo y en medio del ganado á una pobre mujer que se había echado allí para parir, después de coger al niño, que estaba en peligro de muerte, y haberle bautizado, seguía cuidando á la madre, cuando de repente una revelación sublime del establo de Belén, de la Virgen Madre y del Niño Jesús, la arrebató en un éxtasis dulcísimo. Nunca quiso explicarse respecto á este hecho, pero dijo muchas veces, «que nunca podía pasar por aquel lugar sin recordar con gratitud los favores que allí le había dispensado la divina bondad» (2).

La Madre Favre, de la cual decía la santa Madre de Chantal que era imposible explicar el santo fervor que mostraba cuando iba á visitar á los pobres, tuvo un día una recompensa diferente de ésta, pero también muy preciosa. Pasaba, acompañada de la Madre de Fichet, por delante de las ventanas del palacio episcopal, cuando San Francisco de Sales, que estaba en cama por una llaga que tenía en la pierna, las hizo llamar. «Vais—les dijo—á curar á los enfermos; aquí hay uno

(1) Declaración de la Madre María Amada de Socconay, *sup.* artículo 32

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 143.

que tiene una llaga en la pierna; ¿queréis curarme por caridad?» Muy contentas de poder hacer este servicio á su bienaventurado padre, empezaron la cura con una mano trémula de respeto y alegría, lo que le hizo sufrir mucho sin que lo manifestase; y sólo cuando acabaron de curarle, las dijo: «Hijas mías, cuando curéis á los pobres es menester asegurar bien la mano para no temblar, y no apresurarse tanto, porque cuando se toca la carne viva sin mucho tiento, duele muchísimo.» De vuelta á su casa contaron su aventura, que excitó la emulación de las demás Hermanas, y todas solicitaron la honra de ir á curar al Santo enfermo; pero no quiso fuese ninguna, y las mandó á decir: «No podré veros hasta que pueda llevar mi pobre pierna al locutorio» (1).

Apenas habían empezado á servir á los pobres, cuando se conoció la imposibilidad de vivir más tiempo en la casita de la Galería. Colocada en uno de los arrabales, estaba lejos de la ciudad, lo que hacía que en las visitas de los pobres se perdiese mucho tiempo, y el trabajo fuese mayor. Por otra parte, las continuas enfermedades de las Hermanas hacían temer fuese mal sana. Por último, y esto era lo principal, el número de las Hermanas se aumentaba, y no bastaba para todas. Se resolvió, pues, venderla, y se compró dentro de la ciudad otra casa mayor, que se pensaba sería fácil ensanchar, y que su dueño, Felipe Nicolín, abogado del Consejo de Ginebra, cedía á un precio muy moderado. Las Hermanas, después de haber enviado todos sus muebles en el barquito del lago, dejaron la casita de la Galería el 30 de Octubre de 1612. Hacía dos años, cuatro meses y veinticinco días que la Madre de Chantal había entrado en ella, acompañada solamente de las señoritas Favre y Brechard.

Saliendo de Annecy con dirección á las riberas del

(1) *Memorias manuscritas de la Madre María Adriana Fichet.*

lago, no se tarda en encontrar á la derecha una casita de modesta apariencia con algunas ventanas muy estrechas.

La puerta carcomida deja ver todavía la reja de hierro que la Madre de Chantal hizo poner; pero ya no existe ninguna huella de la galería de madera que, pasando por encima del camino, unía la casa con el jardín que está enfrente. Allí es donde sucedieron en 1610, 1611 y 1612 los acontecimientos que acabamos de referir.

La Orden de la Visitación ha tenido después casas muy célebres: la de Lyon, en que resonaron las últimas palabras de San Francisco de Sales, y en la cual se conserva su corazón, la de Moulins, que recogió el último suspiro de la santa Madre de Chantal; la de Paray-le-Monial, en donde nació la tierna devoción al Sagrado Corazón de Jesús; la de Annecy sobre todo, donde descansan los cuerpos de los dos Santos. Pero ninguna de estas casas ha dejado tan dulces recuerdos como la casita de la Galería; esta es, en efecto, en la historia de la Orden de la Visitación, lo que es en la vida del hombre el lugar en que por primera vez se abrieron sus ojos á la luz. Es una cuna.

Mas apenas vendieron las Hermanas esta casita de bendición en 1612, cuando se arrepintieron y quisieron volverla á comprar; pero todos los pasos que para ello dieron fueron inútiles, y la santa Madre de Chantal murió sin haber podido conseguirlo. Sólo á los diecisiete años de su feliz tránsito, y á los cuarenta y seis de haberla vendido, es decir, en 1658, fué cuando las Hermanas de Annecy volvieron á entrar en posesión de esta casa, llena de los sagrados vestigios de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal. No era sólo una cuna, sino una reliquia.

El 12 de Mayo de 1658, las hermanas de la Visitación, conducidas por el Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, entraron en la casita de la Galería por un puente

cerrado (1) que la ponía en comunicación con el segundo monasterio de Annecy, cuyo principio contaremos después. Visitaron primero la celda de la santa Madre de Chantal, y allí el Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, sobrino y segundo sucesor del Santo Obispo de Ginebra, tomando la palabra las recordó los principios tan pobres, tan oscuros, pero tan fervorosos de la Visitación. «¡Oh Dios!—exclamó—¡cuántas santas palabras se han dicho, cuántas santas acciones se han practicado en esta casa, y tal vez en el mismo sitio en que estoy! ¡Si supieseis los coloquios de aquellas almas santas, si fuerais tan dichosas que participaseis de su espíritu!» Levantando después los ojos, y viendo sobre la chimenea siete cruces grabadas en un escudo: «¡Oh! mirad—dijo—no sin misterio ha permitido Dios que los que edificaron esta casa hayan colocado aquí estas cruces. Mirad las siete primeras Madres de vuestro Instituto; mirad las armas de las Hijas de la Visitación. Quien quiera reconocer á una Hija de Santa María, tiene que mirar si lleva las armas de la Cruz; son las que escogieron vuestras primeras Madres. Ellas mismas fueron cruces vivas, que llevaron sobre sí á Jesucristo crucificado y muerto.» Después de estas hermosas palabras, el digno Prelado llevó á todas las religiosas á los demás cuartos, diciendo en cada uno una grave que salía del corazón.

En toda la Orden no había entonces sino una sola religiosa que hubiera vivido con la santa Madre de Chantal en la casita de la Galería. Era la Hermana María Adriana de Fichot. Tenía ochenta años y vivía en el primer monasterio de Annecy. Se suplicó al ilustrísimo Sr. Carlos Augusto que la mandara venir, para recoger de su boca la relación de todo lo que había visto hacer y decir á San Francisco de Sales y á la Santa

(1) Fundación del segundo monasterio, pág. 174. Manuscrito en 4.º

Madre de Chantal, en aquellos dos años tan cortos, pero tan preciosos, de la fundación. Vino, en efecto, y tenemos que renunciar al placer de pintar la alegría de esta venerable anciana al volver á ver su primera habitación. Se arrastraba de rodillas por todos los cuartos, besaba la tierra de todos los lugares en que había visto á uno ú otro de los Santos Fundadores. Diez días pasaron en estas piadosas peregrinaciones, y en interminables conversaciones, consagradas por esta Hermana á contar, con una memoria tan fresca como si hablase de lo que pasó la vispera, los ejercicios y fervores de la santa Madre de Chantal y de sus hijas (1).

Estas notas, recogidas de lo contado por la venerable Madre Fichet, son las que nos han suministrado los detalles, hasta ahora inéditos, de los dos primeros años de la Visitación.

(1) La casita de la Galería pertenece hoy á las Hermanas de San José; no existe en poder de las religiosas de la Visitación desde el año 1793. —(Nota de la traductora.)



CAPÍTULO XV

Primeras pruebas de la Visitación naciente.—Construcción del primer monasterio de Annecy.

1612—1614

MIENTRAS tanto, las pruebas, que son la condición esencial de todas las cosas grandes del mundo, no faltaron á la Visitación naciente. Apenas se hizo la fundación, cuando cayó mala la fundadora. Sus enfermedades eran de un carácter raro; unas veces le daban accidentes tan violentos, que parecía iba á expirar, y otras se hinchaba de repente y perdía el uso de la palabra. Los médicos á quienes se consultaba no sabían qué decir. «Recomiendo á vuestras oraciones—escribía San Francisco de Sales—á la Madre Abadesa de nuestra nueva colmena; está padeciendo tan graves enfermedades, que nuestro buen señor de Grandis, aunque es uno de los mejores médicos que he conocido, no sabe qué remedio dar á sus males, que dice tienen una causa no conocida por Galeno. No sé si el diablo quiere espantarnos con esto, ó si esta buena Madre es demasiado dura consigo misma... Pero sea lo que quiera, tengo tan en el corazón esta empresa, que nada me admira en su ejecución, y creo que Dios hará de esta buena Madre una Santa Paula, Santa Angela, Santa Catalina de Sena, y tantas otras viudas que, como her-